

Presentación

El vínculo entre teología y literatura es antiguo e íntimo. *Antiguo* porque tanto en Oriente como en Occidente el culto fue lugar de encuentro para ellas, distinguidas hoy, inseparables entonces. El Rig Veda, el Antiguo Testamento, el Bhagavad Gita, el Nuevo Testamento y el Corán, por mencionar algunas obras destacadas, evidencian que sus correspondientes comunidades religiosas se remiten a escrituras sagradas, y viceversa. Esta conexión entre ellas se verifica en el drama (la antigua tragedia griega), la lírica (los salmos de la Biblia hebrea), o la épica (la mitología clásica en general).

Íntimo porque LA PALABRA constituye un nexo fundamental entre ellas. Una palabra orientada, en cada caso, por una aspiración común:

la interpretación de la realidad. Interpretación que busca trascender la realidad misma en búsqueda de formas cada vez más profundas de humanidad. Esta labor interpretativa se basa, en un caso, en *La revelación*, en otro, en la subjetividad del escritor/a. Ahora bien, cuán cercanas pueden ser estas dos experiencias lo muestra bien un poema de Neruda, cuya descripción del encuentro con la inspiración poética evoca, inevitablemente, la narración de un llamado profético:

“Y fue a esa edad que la poesía vino a mi búsqueda, / No se de donde / no se donde vino / del invierno o un río / no se cómo ni cuándo / No, no hubo voces / no hubo palabras ni silencio / pero de una calle fui extraviado / de los brazos de la noche / abruptamente de entre los demás / entre fuegos violentos / o regresando solo / Allí estaba yo sin rostro / y me conmovió”.

Esta “unidad inicial” se fragmenta, en Europa al menos, con el nacimiento del mundo moderno en el siglo XVII, época en que las diferentes dimensiones de la vida social se compartimentalizan, dando origen así a disciplinas autónomas. “Cultura” y “Religión” se distinguen claramente entre sí, como lo harán—correspondientemente—el Derecho, la Economía o la Ciencia. Este proceso se consolidará dos siglos más tarde, cuando el proceso de secularización europea divide las aguas de modo definitivo entre ellas.

Tras este período de distanciamiento, empieza a producirse a mediados del siglo pasado un giro cualitativo, una nueva comprensión del vínculo que liga estas dos disciplinas. La recepción del mensaje bíblico ha estado marcada por una clara impronta artística. Importantes estudios históricos del siglo XX muestran la forma en

la que la recepción de la teología cristiana ha encontrado resonancia artística, literaria de modo particular, en la cultura occidental. La literatura ha mostrado ser capaz de hablar de lo esencial de la religión de otro modo, con un lenguaje más íntimo, más cercano a la experiencia humana. En este sentido, la *correlación entre literatura y teología* se muestra fecunda y prometedora; por ello, la *intertextualidad* se plantea hoy en las diferentes disciplinas teológicas, como una tarea insoslayable.

Numerosas publicaciones especializadas han visto la luz en las últimas décadas:

(1) en el campo de *literatura y Biblia*, (a) los estudios dedicados a campos específicos como los dos volúmenes editados en 1999 por Heinrich Schmidinger “La Biblia en la literatura alemana del siglo XX”¹; el “Diccionario de la Biblia en la literatura francesa” editado en 2003 por Claudia Jullien²; el “Diccionario de tradiciones bíblicas en la literatura inglesa” editado en 1992 por David L. Jeffrey³; (b) o las obras consagradas a la literatura en general como el “Léxico de personajes bíblicos: su presencia en el Judaísmo, el Islam, la poesía,

¹ Heinrich Schmidinger (Herausgeber). *Die Bibel in der deutschsprachigen Literatur des 20. Jahrhunderts*. Mainz: Matthias Grünewald-Verlag, 1999. Band 1: Formen und Motive; Band 2: Personen und Figuren.

² Claudia Jullien. *Dictionnaire de la Bible dans la littérature française figures, thèmes, symboles, auteurs*. Paris: Vuibert, 2003.

³ David Lyle Jeffrey. *A Dictionary of Biblical Tradition in English Literature*. Grand Rapids: Eerdmans Publishing Co., 1992.

la música y el arte” editado en 2004 por Martin Bocian⁴ o “La Biblia en literatura” editada en 1997 por Pierre-Marie Beaudé.⁵

(2) en el campo de *literatura y teología*, valga mencionar simplemente las obras de D. Jasper⁶, G. Langenhorst⁷ y T. R. Wright⁸.

(3) así como la aparición en *diccionarios bíblicos y teológicos* contemporáneos de la entrada “Literatura”, como el artículo “Biblia y literatura española” de Luis Vázquez⁹, el de “Literatura y religión” de P. Gerlitz y otros¹⁰, o el de “Literatura y teología” de G. Langenhorst.¹¹

⁴ Martin Bocian. *Lexikon der biblischen Personen: Mit ihrem Fortleben in Judentum, Christentum, Islam, Dichtung, Musik und Kunst*. Stuttgart: Alfred Kröner, 2004 (segunda edición).

⁵ Pierre-Marie Beaudé. *La Bible en littérature*. Paris: Le Cerf: Paris, 1997.

⁶ David Jasper. *The study of literature and religion: an introduction*. San Francisco: Macmillan, 1989.

⁷ Georg Langenhorst. *Theologie und Literatur. Ein Handbuch*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2004.

⁸ T.R. Wright. *Theology and literature*. Londo: Blackwell Publishing House, 1988.

⁹ P. Rossano - G. Ravasi - A. Girlanda (editores). *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*. Madrid: Ediciones Paulinas, 1990.

¹⁰ *Theologische Realenzyklopädie*. Gerhard Müller (Herausgeber). Berlin: Walter de Gruyter, 2000, Band 18: 233-306, extenso artículo colectivo (73 páginas) de: P. Gerlitz, C. Klock, A. Haas, D. Gusten y H. Schroer.

¹¹ Peter Eicher (Herausgeber). *Neues Handbuch Theologischer Grundbegriffe*. München: Kösel Verlag, 2005, Band 2: 506-523.

Grandes figuras del siglo de oro español dedicaron obras específicas a temáticas bíblicas: *Lope de Vega* a Caín y Abel, Jacob, Tobías, Ester y Cantares entre otras; *Tirso de Molina* a Jezabel, Tamar, Ruth y diversos textos del NT; *Calderón de la Barca* a José, Absalón, Judas Macabeo, Daniel, Ruth, Gedeón, Isaac; además de otros temas teológicos abordados en autos sacramentales. Entre los modernos, baste citar autores de la talla de Unamuno (Abel Sánchez) o José María Valverde (Salmos, elegías y oraciones). En América Latina destacará la producción poética, sea en autores que abordan de lleno la temática bíblico-teológica como P. Casaldáliga o E. Cardenal o bien, poetas/ isas en donde la temática adquiere –por su profundidad y lenguaje- tonalidades que se acercan mucho a la bíblica, tal es el caso –entre otros- de Jorge Debravo (Costa Rica); Nicolás Guillén (Cuba); Julia Esquivel (Guatemala); Pablo Neruda, Nicanor Parra (Chile); Thelma Nava (México); Pablo Antonio Cuadra; Michelle Najlis (Nicaragua); José Santos Chocano, César Vallejo (Perú); Mario Benedetti (Uruguay); además claro está, de la narrativa, particularmente del relato corto como el caso particular de J.L. Borges.

El artista en general, el literato en particular, tiene una forma particular de vivir su tiempo, de captar lo esencial de su circunstancia, y de expresarlo de tal modo que el contacto con su obra amplía y enriquece nuestro horizonte de experiencia. Basta leer, por ejemplo, la actualización que hace Jorge Luis Borges de Génesis 4 a la luz de la guerra de las Malvinas (¡en tan sólo unas pocas líneas!). Las posibilidades de lectura que la correlación entre literatura y teología facilita, amplía significativamente nuestro *horizonte hermenéutico*. Esta

realidad explica la escogencia del tema para este número de nuestra revista, que se abre con un poema de la escritora nicaragüense Michèle Najlis.

En su artículo sobre la poesía en Juan de la Cruz, M. Ortega ubica la espiritualidad poética de Juan de la Cruz en la “noche oscura de la injusticia” es decir, en medio de los conflictos e injusticias de nuestro contexto. Por ello indica que al leer hoy teológicamente su poesía: “se debe tener claro que la experiencia cristiana de unión con Dios ocurre en dos lugares fundamentales, a saber, en la contemplación de Dios en la persona de Jesús, mirada apacible y silenciosa que germina en la oración y el recogimiento, y en el encuentro humano amoroso, lugar teológico en que acaece la presencia misma del Crucificado, en línea con lo que establece el texto evangélico de Mt. 25. 31-46.” (pág. 39s).

En su artículo sobre Luis de Lión, G. Miranda analiza la crudeza de un texto que es metáfora de lo ocurrido en Guatemala durante una época de represión y exterminio, tal que parece evocar el realismo mágico. Imposibilitado para reconstruir lo que fue, debido al estado permanente de guerra, el poblado -verdadero protagonista del relato- se lanza a una búsqueda de sí mismo. Un pueblo indio ha sido despojado de su divinidad y, por absurda que parezca la pregunta, necesita saber si está vivo aún. Un sentido de angustia y desazón inunda el texto.

C. Rösener muestra la relevancia del uso de la literatura en la enseñanza religiosa hoy. Si bien reconoce que hay un interés

particular de la poesía por lo fragmentario de la experiencia y por acentuar lo inmanente, es igualmente cierto que comparte importantes tareas comunes con la religión, como su aspiración a comunicar lo incomunicable así como la centralidad otorgada a la utopía. “Estoy convencida de que la poesía y la religión son hijas de la misma madre. De cuando en cuando se visten de distinta manera. De cuando en cuando la expresión de sus caras es muy diferente. Pero en sus venas corre la misma sangre. Se nutren de la misma fuente y nos imparten la misma energía” (pág. 78).

J.E. Londoño explora la conexión entre *la literatura apocalíptica hebrea con la literatura fantástica contemporánea*. En sus palabras: “Si bien la literatura apocalíptica tiene un anclaje histórico muy concreto, su interpretación no se agota en los acontecimientos pasados. Más bien ha de ser una interpretación que atienda a la construcción de los símbolos y mitos que despliegan utopías fantásticas, reflejando lo más profundo de los deseos y miedos humanos; y de esta manera invita, a través de la creación literaria de diversos mundos posibles, a la construcción concreta de universos vitales donde se realice la utopía construida y se resista a lo bestial, que de cuando en cuando aparece en la historia para intentar hacerse del poder absoluto y pretende acabar con la diversidad y comunidad de los pueblos” (pág. 95).

Pablo Jiménez, destacando el papel de la teología narrativa en el quehacer teológico de hoy, profundiza en el valor de la narrativa biográfica: “los seres humanos empleamos la narración para interpretar la vida, tanto la propia como la de las demás personas. Esto implica

que la biografía no es un dato, sino un acto hermenéutico. Cuando yo cuento mi historia, priorizando un evento sobre otro, eliminando episodios y hasta creando narrativas que nunca ocurrieron en la realidad, estoy interpretando la vida” (pág. 144). La propia historia se convierte así en punto de referencia para la reflexión sobre la fe, con lo cual se afirma la importancia de la localización social en la reflexión teológica.

Invitamos a nuestros lectores/as a disfrutar del número.

José Enrique Ramírez
Director